

también diversas asociaciones de vario género, como el *Círculo de los Amigos de las Letras*, la *Academia de Bellas Artes* (instituciones una y otra en que predominó el espíritu racionalista de Lastarria), el *Centro de Artes y Letras de Santiago*, etc., todas las cuales abrieron certámenes de poesía y premiaron muchos versos.

De los poetas que en estos últimos años han fallecido, merece especial recuerdo D. Domingo Arteaga Alemparte (1835-1880), que se distinguió además como publicista liberal de mucha nota y como enérgico orador parlamentario. Sus estudios habrían sido clásicos, y en defensa de la enseñanza del latín sostuvo una notable campaña. Esta sana educación se revela en el limpio estilo, así de sus versos originales, entre los cuales sobresale el himno *Al Amor*, en metro manzoniano, que va en esta colección; como en sus traducciones de lord Byron y Víctor Hugo, y de un fragmento del libro 1 de la *Encida*. Pero también es justo confesar que nada de primer orden se encuentra en estas rimas, y que el vigoroso talento de su autor tuvo por verdadero campo de acción y de triunfo la polémica política (1). Puede citarse también á D. Manuel Blanco Cuartín, poeta satírico y festivo (2), que heredó de su padre D. Ventura Blanco Encalada la afición á los clásicos españoles y la pureza del idioma; á D. Zorobabel Rodríguez, valiente

(1) Las poesías de Domingo Arteaga Alemparte forman el primer tomo de sus *Obras completas* (Santiago, 1880).

(2) Publicó además dos leyendas, *Doña Blanca de Lerma* y *Mackandal ó amor de tigre*. Debió su principal reputación al periodismo en *El Conservador*, *El Mosaico*, *El Cóndor* y *El Mercurio*.

controversista católico y autor del muy útil *Diccionario de chilenismos*; y al malogrado D. Martín José Lira (1835-1867), cantor de estro suave y melancólico.

XII.

REPÚBLICA ARGENTINA.

El inmenso territorio comprendido entre el Brasil y la Patagonia, los Andes y el Atlántico, formó, por Real cédula de 1778, un nuevo virreinato, llamado de Buenos Aires, que la Revolución separatista vino á fraccionar en cuatro repúblicas de muy desigual extensión é importancia: Bolivia, Argentina, Paraguay y Uruguay. De la primera hemos hablado ya; la tercera no tiene historia literaria, propiamente dicha, á lo menos en los tiempos modernos (1); resta tratar de las otras dos, y muy especialmente de la Argentina, cuya superior importancia en la cultura de la América del Sur, comienza propiamente con el hecho de la emancipación.

En el período colonial, sus tradiciones literarias son muy escasas. La literatura empieza allí, como en lo restante de América, con crónicas y relaciones del descubrimiento y de la conquista; tan importantes algunas

(1) De algunos vestigios de su antigua cultura se hablará en este capítulo por la relación que tienen con las cosas de Tucumán y Buenos Aires. No dudo que recorriendo íntegramente las bibliografías jesuíticas de los PP. Backer y Sommervogel, se encontrarán los nombres de algunos Padres de la Compañía, residentes en el Paraguay, que compusieran versos latinos ó castellanos; pero confieso que me ha faltado tiempo y valor para empeñarme en esta investigación de resultado tan dudoso.

como la del bávaro Ulrico Schmidel, que en 1534 formó parte de la expedición de D. Pedro de Mendoza, en que iban 150 alemanes y flamencos; y los *Comentarios* del heroico adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca, por primera vez impresos en 1555.

Entre estas crónicas no podía faltar alguna escrita en verso y con pretensiones de poema épico. Pero la región del Plata, menos afortunada en esta parte que Chile y Nueva Granada, no tuvo un Ercilla ni siquiera un Pedro de Oña ó un Castellanos, que enalteciesen los hechos de su conquista; sino que le hubo de caer en suerte uno de los más pedestres y desmayados versificadores, entre los muchos á quienes la historia del Nuevo Mundo prestó argumento. Tal fué el extremeño D. Martín del Barco Centenera, natural de Logrosán, en la diócesis de Plasencia, soldado en la expedición del adelantado Juan Ortiz de Zárate (la cual partió de Sanlúcar en 17 de Octubre de 1572), y en su vejez arcediano del Tucumán. Su poema histórico, que consta de veintiocho cantos, lleva el título de *Argentina y conquista del río de la Plata, con otros acaecimientos de los reinos del Perú, Tucumán y estado del Brasil* (1), y fué impreso en Lisboa en 1602.

(1) *Argentina...* por el Arcediano D. Martín del Barco Centenera, dirigida á D. Cristóbal de Mora, Marqués de Castel-Rodrigo, virrey, gobernador y Capitán general de Portugal, por el rey Philipo III nuestro señor.... con licencia. En Lisboa. Por Pedro Crasbeek, 1602.

8.º mayor; 230 pliegos dobles sin contar cuatro de principios. Preceden al poema, además de un soneto del autor á su obra, versos laudatorios de Juan de Zumárraga Ibargüen; de Diego de Guzmán, vecino de Oropesa, en el Perú; del licenciado Pero Jiménez, vecino de Oropesa: del bachiller Gaminio Correa, y de Valeriano de Frias de Castillo, que se titula lusitano.

Ha sido tan menudamente analizado y tan magistralmente juzgado por el crítico argentino D. Juan Manuel Gutiérrez, que casi me parece inútil pretender hacerlo de nuevo y con palabras distintas de las suyas. «La Argentina (dice Gutiérrez), toca con la prosa más humilde, por la desnudez del estilo y el desaliño de la locución.... Pertenece á esa degenerada familia de poemas americanos, que no merece llevar en su blasón los cuarteles del hidalguísimo Ercilla, sino cruzados por barras transversales que indican bastardía, según las leyes de la heráldica.... En vano hostiga Barco Centenera á su lerdo Pegaso.... Se entrometió á historiar en verso lo que apenas hubiera escrito bien en prosa casera y corriente; pero fué el único que legó á la posteridad, como testigo ocular, los interesantes sucesos de la conquista del Río de la Plata.... Centenera es el exclusivo cronista del adelantado Juan Ortiz de Zárate, y el biógrafo más minucioso de una parte de la vida del fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay. Al lado suyo se encontraba cuando se echaron los primeros cimientos de esta gran ciudad. La administración de Garay y la de su sucesor Mendieta, no puede estudiarse ni conocerse

Esta primera edición es muy rara y de alto precio en el mercado bibliográfico.

La *Argentina* está reimpressa en el tomo III de los *Historiadores Primitivos de las Indias Occidentales*, coleccionados por D. Andrés González Barcia (1749), y también en el tomo III de la importante *Colección de obras y documentos relativos á la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones, por Pedro de Angelis* (Buenos Aires, imprenta del Estado, 1836, 7 volúmenes, folio). Sé que hay alguna edición posterior, de Montevideo ó de Buenos Aires.

El estudio más importante sobre este poema es el que publicó D. Juan María Gutiérrez en el tomo VI de la *Revista del Río de la Plata*.

en otra fuente original y verídica, que en los versos de la *Argentina*».

Hasta aquí Gutiérrez, el cual por otra parte advierte (quizá con excesiva indulgencia), que no deja de haber entre el fárrago de las dèscoloridas y *bozales* octavas del Arcediano, «alguna que otra perla que pudiera sacarse á lucir con agrado de los más delicados en materia de buenos versos».

Yo no he tenido la suerte de encontrar tales *perlas* en la *Argentina*; pero sí muchas curiosidades que hacen tolerable, y á ratos entretenida su lectura, sobre todo si uno se olvida de que está leyendo versos. El único elemento de poesía que hay en la obra, procede de la nimia credulidad del autor, de su desenfrenada inclinación á todo lo maravilloso. Creía á pies juntillos en la encantada laguna del Dorado y en el imperio del Paytiti, describiéndonos la magnificencia de sus edificios; el palacio del Emperador, ó gran Moxo; los aparadores y las vasijas de metal con que se servía; las puertas de bronce con leones aherrojados en cadenas de oro; la imagen del disco de la luna sobre una columna de veinticinco pies de alto (como si él propio la hubiera medido) toda de plata, iluminando la laguna; las plazas, arboledas, jardines y fuentes con caños de oro; el altar y lámparas de plata inextinguibles, con otras mil maravillas y grandezas que exceden á cuanto puede inventar la más delirante fantasía. No son menos estupendos los prodigios naturales de que nos informa, dándose siempre por testigo de vista, y procediendo, sin duda, de buena fe, aunque guiado por una observación superficial é incompleta, como de hombre rudo y supersticioso. Nos habla, por ejemplo, de varios pescados muy semejan-

tes al hombre; de la Sirena, «hermosa como una bella dama», que aparece gimiendo y esparciendo sus doradas crines en medio de la laguna donde mora; y sobre todo de un anfibio «de espantable compostura», pero muy sentimental y muy inclinado al amor de las mujeres. Los versos del canto noveno, en que cuenta el susto que este enamorado monstruo dió á una dama en la playa, deben transcribirse á la letra, porque, como vulgarmente se dice, no tienen desperdicio:

Un pece de espantable compostura
Del mar salió reptando por el suelo:
Subióse ella huyendo en una altura
Con gritos que ponía allá en el cielo:
El pece la siguió: la sin ventura
Temblando está de miedo con gran duelo;
El pece con sus ojos la miraba,
Y *al parecer* gemidos arrojaba.
Salió en esto el galán de la montaña
Y el pece se metió en la mar huyendo.....

Quien había visto tales peces, no es maravilla que conociera también mariposas que se convierten en ratones dentro del hueco de cierta caña (canto III).

El agua es muy sabrosa, clara y fría;
Mas, yendo ya la caña madurando,
Un gusano se engendra adentro y cría,
Y al cañuto el gusano horadando
Afuera mariposa parecía:
Con las alas comienza de ir volando,
Y por tiempo las pierde, y queda hecho
De forma de ratón hecho y derecho.

Hay episodios en el poema que si estuvieran escritos en otro estilo, interesarían grandemente. Tal es la descripción del hambre que pasaron los expedicionarios de

Zárate en la isla de Santa Catalina, con el tierno rasgo de dos enamorados de Hornachuelos, que mueren extenuados en aquellas selvas buscando *palmitos* (ó sean cogollos tiernos de palmera). Habían pasado allí una noche bajo los árboles, el amante devorado por la fiebre, su compañera velándole:

No quiero referir lo que trataron
Los tristes dos amantes y su llanto,
Las voces y suspiros que formaron,
Porque era necesario entero canto.....

Al llegar el alba, el amante se aleja para buscar algún sendero, y sucumbe á la fatiga en el camino, y el autor termina su narración con estos sentidos versos, que son quizá los mejores de su poema:

Quedó por esta causa allí la dama
De dolor y congoja y pena llena,
Do la siguiente noche tuvo cama
Triste, sola, llorosa, en el arena.

La fantasía de un verdadero poeta podía sacar partido de otros episodios del poema de Centenera; por ejemplo: de la mágica navegación de un tal Carreño á España en tres días, en un barco tripulado por una legión de demonios, á los cuales daba órdenes contrarias á las que él quería que ejecutasen, y ellos realmente ejecutaron (canto x); de las hechicerías de Yamandú, emperador de las islas del Paraná, á quien quiso catequizar el propio Centenera, aunque *en vano*,

Porque era muy malvado este pagano;

de los amores de Liropeya y Yanduballo, imitados manifiestamente de los de Caupolicán y Fresia, en Pedro

de Oña; de la muerte del franciscano Fr. Alonso de la Torre, á quien el mismo Centenera, perdido con él en los bosques, ayuda á cortar algunas ramas para hacerse una cama de hojas donde cerrar los ojos para siempre; de la muerte tan diversa del joven Leiva, á quien sus enemigos arrancan de los brazos de su esposa, que proféticamente le había dicho: «Te huele el pescuezo á esparto»:

El hilo le cortaron de la tela,
Que el triste sin ventura mal tejía;
Su esposa con dolor está llorando
Y sus rubios cabellos arrancando.

Por lo demás, el poema no tiene unidad, ni plan, ni concierto: el autor va y viene á merced de sus recuerdos: mezcla continuamente lo geográfico con lo histórico: se pierde en interminables descripciones y en moralidades impertinentes al asunto, aunque no inútiles para conocer el carácter del poeta, que, si no era enteramente lo que hoy diríamos un pesimista, parece haber sido, por lo menos, muy propenso á la melancolía. «Estoy enseñado (dice) á tratar de tristezas y lamentos, porque en la vida he tenido pocos placeres», se complace en describir todo género de escenas lúgubres, y meditando sobre el destino humano, llega á expresar, aunque en malos versos, pensamientos bastante análogos á los del monólogo de *Hamlet*, según nota acertadamente Gutiérrez:

La muerte de sí tiene tal tristeza
Por no saber el hombre el paradero;
Que si de éste se tiene tal certeza,
Alegre es aquel trance y placentero:
Dejar un mundo tal y tal vileza

Había de dar gozo muy entero,
Y en lugar de tristeza, gran consuelo,
Pues vemos que salimos de este suelo.

.....
¡Si se tuviese el buen conocimiento
De aquesta triste vida tan funesta,
Con la muerte contento se tendría,
Tomándola por gozo y alegría!

Los desengaños del amor debieron de influir algo en esta disposición de su ánimo: á lo menos son frecuentes sus lamentaciones sobre la perfidia de las mujeres:

Por do decir podemos de la hembra:
Mudanza cogerá quien amor siembra.....
.....
Pues ¿quién tendrá en mujer ya confianza
Sabiendo que en su pecho está estampada
Y al vivo la mudanza retratada?

Gran parte del poema se refiere á las cosas del Perú, y no á las del Río de la Plata, y el autor pasa de las unas á las otras con muy poco orden. Así intercala en los cantos XVI y XVII la rebelión de D. Diego de Mendoza contra el virrey D. Francisco de Toledo, y más adelante el terremoto de Arequipa, los cánones del Concilio Limense de 1581, la enumeración laudatoria de las damas de Lima, de quienes dice, no obstante, al contar la prohibición de los rebozos que hizo el Concilio:

No se muestran esquivas y tiranas;
Que escuchan á quien quiere requebrallas,
Y dicen so el rebozo chistecillos
Con que engañan á veces á bobillos.

Los tres últimos cantos están enteramente dedicados á contar la derrota del pirata inglés Tomás Cavendish, en aguas del Brasil, en 1592.

Pero el mayor interés histórico del poema consiste, sin duda, en lo que atañe á su peculiar asunto, que es el Tucumán y el Río de la Plata; y aquí resulta Centenera exactísimo cronista y fiel observador de los caracteres de la raza indígena llamada *charrúa*, de quien escribe:

Es gente muy crecida y animosa,
Osada y atrevida en gran manera,
En guerras y batallas belicosa,
Empero sin labranza y sementera:
.....
Tan sueltos y ligeros son, que alcanzan,
Corriendo por el campo, los venados;
Tras fuertes avestruces se abalanzan,
Hasta de ellos se ver apoderados;
Con unas bolas que usan los alcanzan
Si ven que están á lejos apartados;
Y tienen en la mano tal destreza,
Que aciertan con la bola en la cabeza.

En resumen, aunque el poema del arcediano Centenera sea fastidioso y mal pergeñado, es, sin disputa, uno de los libros más importantes de la primitiva historia de América.

Además, puede decirse que á este poema está reducida la literatura argentina en los dos siglos XVI y XVII. Sólo de otros dos poetas tengo noticia que residieron en lo que entonces vagamente se llamaba Paraguay y reino de Tucumán. Fué el primero Bernardo de la Vega, á quien Nicolás Antonio supone natural de Madrid, pero que se titula gentilhombre andaluz al principio de la rarísima novela que en 1591 imprimió con título de *El Pastor de Iberia* (1), libro que estaba en la

(1) *El Pastor de Iberia*, compuesto por Bernardo de la Vega, gentil-hombre andaluz. Dirigido á D. J. Téllez Girón, Duque y Conde de Ureña, Camarero

librería de D. Quijote y fué entregado al brazo seglar del ama, juntamente con el *Desengaño de amor y zelos*, de Enciso, y las *Ninfas y Pastores del Henares*, de B. González de Bobadilla. Es obra del género pastoril, dividida en cuatro libros, y compuesta en prosa y verso como todas las de su clase. El autor parece haber intercalado en ella alguna parte de sus aventuras, pintándose en la persona del protagonista Filardo, que, preso en su aldea por sospechas de asesinato, logra evadirse con el favor de sus amigos de Sevilla, se embarca en Sanlúcar y va á parar á Canarias, donde nuevamente le prenden, y nuevamente recobra la libertad. La narración es insulsa y pesada, el lenguaje inculto y plagado de solecismos, y los versos son tales, que el gran Cervantes, que era la indulgencia misma, no sólo los condenó al fuego en el donoso escrutinio, sino que en el *Viaje del Parnaso* (cap. VII) puso á su autor en el ejército de los malos poetas que embestían la montaña sagrada:

Llegó *El Pastor de Iberia*, aunque algo tarde,
Y derribó catorce de los nuestros,
Haciendo de su ingenio y fuerza alarde.

Créese generalmente, sobre la autoridad de Nicolás Antonio, que este novelista sea el mismo Bernardo de la Vega, que pocos años después se encontraba en América (sin duda porque la estancia en Canarias no le pareció bastante segura), y que, andando el tiempo

mayor del Rey nuestro señor y su Notario mayor en los reinos de Castilla. En Sevilla, en casa de J. de León, impresor, 1591.

8.º, 228 páginas dobles. Con aprobación de Fr. Pedro de Padilla, y versos laudatorios del Licenciado Baltasar de Cepeda, del Licenciado Mesía de la Cerda y de B. Cairasco de Figueroa.

y abrazando el estado eclesiástico, llegó á ser canónigo de Tucumán, después de haber residido en Méjico, donde en 1600 compuso algunos versos para el túmulo de Felipe II, que se leen en la *Relación historiada de las exequias* de aquel monarca, escrita por el Dr. Dionisio de Ribera Flórez (1). Lo que no hemos llegado á ver son dos libros suyos, impresos también en Méjico en 1601, que hallamos citados por Nicolás Antonio: *La Bella Cotalda y cerco ae París*, que será probablemente un poema caballeresco del género orlándico, y la *Relación de las grandezas del Perú, México y los Angeles*. Vivía aún Bernardo de la Vega en 1623, puesto que se le menciona en el *Encomio de los ingenios sevillanos*, de Juan Antonio de Ibarra.

También anduvo *por Paraguay y el reino de Tucumán* otro desconocido poeta andaluz, llamado Luis Pardo, de quien no sé que reste verso alguno, pero de quien Lope refiere, en el *Laurel de Apolo* (silva 2.ª), una leyenda de las más extrañas y fantásticas:

Aquí *Luis Pardo* estuvo,
Ingenio felicísimo, si diera
Más á la pluma y menos á la espada;
Mas la contienda que en su pecho tuvo
El Dios sangriento de la quinta esfera,
Siempre la vista de diamante armada,
Con el docto Cilenio,
Fué causa que inclinase más su ingenio
Al estruendo marcial, si bien tenía
Á Venus que de trino le miraba,
Con que templar este rigor solía,
Y deponiendo la fiereza amaba.
Pues olvidando á Flandes,

(1) Méjico, en casa de Pedro Balli, 1600.